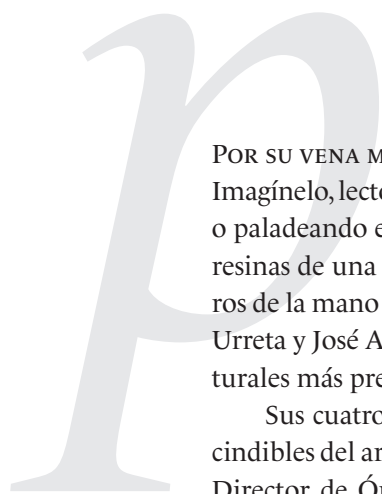


de las estaciones

A black and white portrait of a middle-aged man with a short beard and mustache, looking directly at the camera with a thoughtful expression. He is wearing a light-colored, checkered button-down shirt and has his hands clasped in front of him. A watch is visible on his left wrist. The background is dark and out of focus, suggesting an indoor setting with a window.

Ignacio Toscano: entre los artistas y el público

Miguel Ángel Flores Vilchis



POR SU VENA MUSICAL CORRE LA HERENCIA de Carlos Chávez y Eduardo Mata. Imagínelo, lector, apurando a sorbos breves pero firmes la Sinfonía de Antígona o paladeando el *tempo* de una ópera de Strauss, mientras el olfato le evoca las resinas de una sala de conciertos. Es un sibarita que cultivó los placeres sonoros de la mano de los grandes como Manuel Enríquez, Rodolfo Halffter, Alicia Urreta y José Antonio Alcaraz. Así es Ignacio Toscano, uno de los gestores culturales más prestigiados de país.

Sus cuatro décadas de trayectoria los ha dedicado a los espacios imprescindibles del arte. En el Instituto Nacional de Bellas Artes se desempeñó como Director de Ópera, Director de Danza y posteriormente como gerente del Palacio; director ejecutivo del Festival Cultural Sinaloa y coordinador del Programa Año 2000: del siglo xx al Tercer Milenio en el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Afincado en Oaxaca hace catorce años, hizo de Instrumenta un exitoso emplazamiento para el fomento, la educación y la preservación musical, punto de referencia nacional e internacional. Hoy, toda esta experiencia se concentra en su cargo como subsecretario de Planeación Estratégica de la Secretaría de las Culturas y Artes del gobierno estatal.

“Mi gran escuela, quien me enseñó y me ayudó a definir lo que quería, fue la Universidad Autónoma Metropolitana. Gracias a la UAM, Ignacio Toscano trabaja hoy en Oaxaca, tratando de construir un gran proyecto cultural que tiene que ver con educación, promoción e investigación de las artes”, afirma sobre sí mismo.

Hacia 1968 Eduardo Mata conducía la entonces Orquesta Sinfónica de la Universidad, era uno de los discípulos más sobresalientes de Carlos Chávez y estaba camino de convertirse en el director más reputado del país. Sin duda, el rector Javier Barros Sierra y Gastón García Cantú, director general de Difusión Cultural, fueron de los primeros en reconocer lo que el joven director significaría para la música mexicana.

Entre el público que asistía regularmente a los conciertos que se ofrecían en el Auditorio Justo Sierra se encontraba Ignacio Toscano, estudiante de la Preparatoria 9. “Crecí con eso, nunca dejé de ir a lo que después fue la Orquesta Filarmónica de la UNAM, y tengo muy presente que Mata fue el gran impulsor y creador de la Sala Nezahualcóyotl, así como lo hizo con la gran sala que es la sede de la Orquesta Sinfónica de Dallas”, comenta sobre aquellos años.

Para ese momento, Ignacio Toscano era ya un melómano. Había educado el oído en casa de sus abuelos en Oaxaca y escuchando a la orquesta estatal los domingos en el zócalo de aquella ciudad. “Esos son mis primeros recuerdos musicales, me gusta Oaxaca, por eso acepté venir a trabajar aquí y qué mejor que poner mi agenda al servicio de lo que me gusta”.

El paso de Eduardo Mata por la OFUNAM es recordado como un periodo brillante. Los conciertos “se llenaban, impresionante el interés que tenían los universitarios; allí me tocó ver grandes solistas y directores, oír grandes estrenos”, recuerda Toscano. Éste fue el inicio de la influencia del director sobre el promotor cultural, influencia que el destino traduciría en fraternidad con los años.

A fines de 1975, Ignacio Toscano visitaba la recién creada Unidad Iztapalapa de la UAM, un pequeño conjunto de aulas y oficinas al costado de un camino de terracería. Tenía una invitación a comer con amigos.

La comunidad concurría en un comedor provisional que recibía profesores y alumnos, al rector de la unidad y a los trabajadores administrativos. Toscano tomó asiento y entabló conversación con la mujer a su lado: la maestra Elsa Collera, primera jefa de actividades culturales de la unidad. “Hablamos de nuestros gustos, me preguntó por mi ocupación... y luego de un rato: ‘ven a trabajar con nosotros’. ‘Por supuesto’, respondí. Pero fui pensando: esto no puede ser serio. El dos de enero de 1976 recibí una llamada:

”—¿Ignacio Toscano?

”—¿Sí?

”—Por favor venga a firmar su contrato.

“No lo podía creer. Empecé de chalán: alquilaba los pianos, escribía las notas de los programas de mano; en un pizarrón, en la sala audiovisual



“Luis Antonio de Villena: aspiración de la belleza”
José Ángel Leyva

Mediante una entrañable y amena entrevista, el escritor español Luis Antonio de Villena traza los pilares de su poética, enumera sus influencias literarias, evoca sus lecturas formativas y desmenuza el medio cultural ibérico de finales del siglo xx.



101, anunciaba la programación cultural, ese era nuestro único medio de comunicación. Por esa aula desfilaron personajes como Alejandro Aura y Guillermina Bravo”.

Ignacio Toscano llegó a ser jefe de actividades culturales y coordinador de extensión universitaria antes de que su buena fama de gestor llegara más allá de los espacios de la UAM. “Fue en la Unidad Iztapalapa donde supe a qué quería dedicar mi vida, allí nació mi vocación por la cultura”.

La comida continúa mientras la tarde cae sobre la ciudad de Oaxaca. Ignacio Toscano es un conversador fascinante: el ritmo, el vértigo, la pausa y la poesía de la ópera están en sus palabras. Su memoria es envidiable.

“Disfrutable, disfrutable fue ser director de la ópera. ¡Una joya!”, afirma Toscano sobre su estadía en el Instituto Nacional de Bellas Artes mientras retira el plato frente él y se acerca una bebida. “No sabes cómo disfrutaba estar en los ensayos escénicos, en las reuniones de trabajo con un director concertador, un director de escena, un escenógrafo, vestuarista. Fue una súper época”.

Llegó al INBA luego de un par de reuniones con el ingeniero Carlos Chávarri en 1982. “El próximo supervisor artístico de la ópera lo quiere invitar a trabajar con él, no le puedo dar el nombre porque aún no ha sido nombrado”, se le mencionó en la primera de ellas.

Para la segunda, Chávarri y Toscano se vieron en el restaurante Napoleón, en la Plaza Popocatepetl de la colonia Condesa. El funcionario del INBA adelantó: “el nuevo supervisor artístico es un director de orquesta muy importante de México y el mundo”. Segundos después Eduardo Mata entraba en el lugar.

La sorpresa de Toscano no fue poca: “había crecido viéndolo dirigir y las cosas que provocaba con la sinfónica de la Universidad”. El asombro fue a más al darse cuenta que Mata estaba muy bien enterado de su trayectoria: “quiero que vengas a trabajar conmigo, eres el gran promotor que necesito”.

En 1983 Ignacio Toscano se incorporó al equipo de Eduardo Mata en la Ópera de Bellas Artes. El chico de preparatoria que admiraba el trabajo del director de la Orquesta Sinfónica de la Universidad se había convertido en su colega en la institución cultural más importante del país. Y aunque el trabajo en conjunto fue breve, se inició una amistad que duró más de una década.

“Eduardo estuvo sólo un año en la Ópera, tenía muchas cosas que hacer en el mundo”. En este tiempo el desempeño de Toscano causó tan buena impresión que en 1984 fue nombrado director de la Ópera de Bellas Artes.

“El *team* de esa época fuimos Juan Ibáñez, Enrique Patrón de Rueda, Mata y un servidor —abunda Toscano—. Realizamos montajes que antes no se habían presentado en México: *The rake’s progress*, de Stravinski, *Ariadna en Naxos*, de Strauss, *Adriana Lecouvreur*, de Cilea. Una producción maravillosa de *Don Geovanni*, con motivo del cincuenta aniversario del Palacio, que fue abucheada en el estreno porque a los tradicionalistas no les gustó ni la producción ni la dirección de escena. Nosotros estábamos haciendo muchas cosas nuevas y diferentes”.

“Una anécdota —anuncia Ignacio con tono travieso y una sonrisa en la mirada—: Werner Schroeter fue uno de los creadores alemanes más radicales de la segunda mitad del siglo xx. Actor, guionista, director de teatro, cine y ópera. Filmó en México *El ángel negro* en 1974 y regresó en 1986 para montar *Salomé*, de Strauss, en el Palacio Bellas Artes por iniciativa de Ignacio Toscano.

La musa de Schroeter, Magdalena Montezuma, había muerto de cáncer dos años antes; Toscano preparó una fiesta en homenaje a ambos. Al concluir el ensayo general de *Salomé*, actores, músicos, *staff* y hasta la prensa abordaron varios camiones y fueron llevados hasta el mítico bar gay Spartacus, en Ciudad Nezahualcóyotl.

Se bailó y se bebió. Ya muy avanzada la noche, alcanzado el mejor momento de aquella sacrosanta celebración, Ignacio Toscano subió a la cabina de audio y entregó al programador un *cassette* con las arias de *Salomé*, toda una provocación.

La música de Strauss invadió el lugar. “Al escuchar aquello, y frente a hombres, mujeres, quimeras, carniceros y soldados, la soprano María Luisa Tamez sale al escenario del Spartacus a cantar y Schroeter a actuar como si fuera Jochanaan y que le cortaba la cabeza... fue una noche mágica”.

José María Espinasa recuerda así aquel proyecto: “la puesta en escena de *Salomé* en el Palacio de las Bellas Artes fue uno de los momentos cumbre de la historia de la ópera en México... las funciones estuvieron siempre a reventar y la presencia de Schroeter en México durante el trabajo de montaje creó un gran entusiasmo artístico y creativo que iba desde sus ensayos en el teatro de Regina a las fiestas en bares, como el Spartacus, en Neza, donde improvisó un memorable *sketch* sobre *Salomé*”.

A pregunta expresa sobre cuáles son las fortalezas en difusión y enseñanza musical en el país y cuáles son los pendientes en la materia, Ignacio Toscano responde: “Las escuelas que hay en México, y no me refiero únicamente a las que pertenecen a las grandes instituciones educativas y culturales, han hecho bien las cosas y realizado esfuerzos loables. Pero hacen falta espacios para el perfeccionamiento musical y la creación. Un joven alumno concluye sus estudios de violín, de fagot, de tuba. ¿Luego qué sigue? ¿A dónde se va? En México no hay escuelas de perfeccionamiento, se tiene que ir al extranjero. Muchos lo han logrado y lo han hecho muy bien, pero por qué no hacemos nosotros algo en el país. Este era un tema clave para Eduardo Mata y me lo transmitió. Y es una constante en las reuniones que tengo con compositores, intérpretes y directores. Entonces, para apoyar la creación y el perfeccionamiento hice el premio de composición Rodolfo Halffter, el premio de dirección Eduardo Mata e Instrumenta”.

La comida comienza a declinar y Toscano cierra aludiendo a los tres extraordinarios tesoros que se le han allegado durante sus cuarenta y dos años de trayectoria en el ámbito cultural. El primero es la batuta del último concierto que dirigió Eduardo Mata. El amigo y mentor falleció prematuramente, a los cincuenta y dos años, en un accidente aéreo. Es un obsequio de la familia del músico.

El segundo es una lámpara. La cual alumbró las noches de trabajo de Salvador Novo, quien la heredó al gran escenógrafo Antonio López Mancera; éste a su vez la colocó en la mesa donde concibió tantos y tantos proyectos. Toscano y López Mancera coincidieron en Bellas Artes y forjaron una amistad duradera. Luego de la muerte de López Mancera fue también la familia quien decidió obsequiar con el objeto a Ignacio.

El tercero es un antiguo juego de llaves contenido en una bolsa color turquesa que el propio López Mancera, en vida, entregó a Toscano. No es posible mencionar qué puerta es la que abre, pero sí citar las palabras que el escenógrafo le dirigió al momento de dárselo: “eres el único que puede entender lo que esto significa”.

Aunque los días y los trabajos de Ignacio Toscano están lejos de llegar a su fin, tiene muy claro lo que se imprimirá en su epitafio: “Nunca tuvo título, trabajó como ingeniero que construía puentes entre los artistas y el público. Fue un gran creador de sueños”. 